



Juan Floreal Recabarren Rojas, gran antofagastino

Oswaldo Maya C.
Antofagasta, junio de 2025.

Cinco años han transcurrido desde que perdimos al gran antofagastino Juan Floreal Recabarren Rojas (Antofagasta, 21 de abril, 1927 / 16 de junio, 2020). Esta frase, simple y directa, como le gustaba a Floreal, se entiende y, de inmediato, retrotrae los mejores recuerdos de este nortino ejemplar con atributos tan singulares a los que sus amistades designaban como “las cosas de don Floro”.

En sus relaciones sociales, daba la impresión de no imponer nada, pero con su proceder de cara a su ciudad, se daba tiempo para convencer a multitudes. Como maestro vocacional, Floreal educador esencial, no hacía las clases tradicionales; a diario las preparaba con un objetivo primordial: constituyan una “invitación” para sus alumnos que, al poco tiempo y de modo gradual, entendían objetivos e interrelaciones de múltiples contenidos culturales que revelan la idiosincrasia de los pueblos.

Floreal fue un intelectual con una obra multifacética. Su mayor anhelo, por años, fue escribir un libro personalísimo con valor de una retribución a quienes definieron el espíritu de los actuales nortinos. Frente a mi contemplo sus obras publicadas. Cinco textos. ¿Algo más? Pienso en una decena, además recuerdo su memoria de título profesional, aún inédita (1954) y también la 2a Edición (1996) de las Narraciones Históricas de Antofagasta de Isaac Arce, etc.

Algo hay que, actualmente, permanece en silencio (qui-

zás por razones que desconozco) y que fue la pasión de su vida. Floreal quería ese libro que abordara el tema que lo fascinaba: “Los pueblos fantasmas del Norte Chileno”.

Conscientes del devenir de la Historia hay un momento en que se impone un interrogante: ¿qué ha sucedido con los pueblos de nuestros antepasados? Temprano se comprometió Floreal con esta problemática histórica. Según sus recuerdos, era anterior a la década de los 80 y lo avalaban sus escritos sobre Coloso. Bastante tiempo le dedicó al estudio de Pampa Unión, tan vinculado con Caracoles y lo mismo aconteció con los pueblos inmediatos al naciente Chuquicamata de los capitales norteamericanos.

Muchos son, en diarios y revistas, los artículos donde quedó testimoniada esta idea. No un publicitario registro de los cánones historiográficos, sino un planteamiento que hiciera justicia a los hombres que procedentes de remotos lugares, asumieron la gesta sociológica de radicarse o permanecer en un territorio que, no pudiendo ofrecer deleites, era gradualmente aceptado para dar paso a más de un centenar de conglomerados laborales: las “Oficinas Salitreras” que, por designios burocráticos, estaban llamados a someterse a las fluctuaciones e intereses mercantiles internacionales.

En medio de los vestigios de esos pueblos fantasmas, las ráfagas de viento parecen reiterar un decir: “La idea está planteada. Está planteada; está planteada, está...”.